

Volverse loco en la Revolución Mexicana

Álvaro Matute

En los actuales sistemas de evaluación del trabajo académico, la psicología aparece oscilante entre las áreas de las ciencias naturales y de la salud, las sociales e incluso las “humanidades y ciencias de la conducta”, según dispone el Sistema Nacional de Investigadores. El caso es que la psicología es una ciencia que abarca diversas facetas del ser humano, desde la bioquímica hasta la interrelación entre el individuo y su entorno. Eso explica la dificultad de su ubicación para las tareas evaluadoras. Para ese caso, se coloca donde quien la practica pone el énfasis necesario.

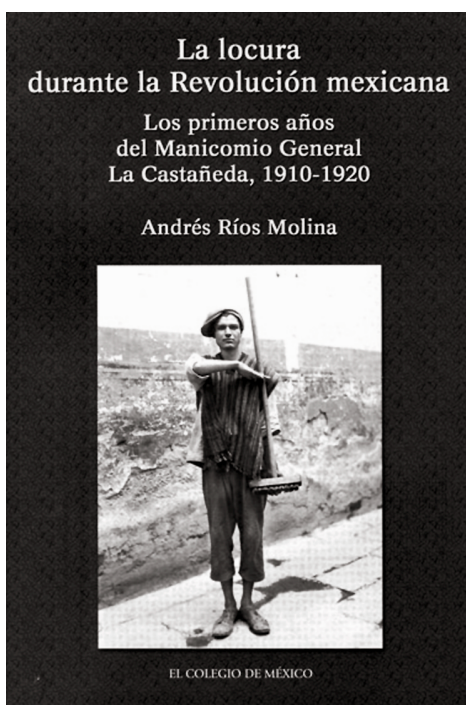
Esto viene a cuento, porque si bien un libro como el que nos convoca es de historia, la materia histórica de que se ocupa tiene varios ingredientes. Por una parte, el de la historia de la propia ciencia psicológica, ya que ella es la que diagnostica la alteración mental de quienes padecen alguna y pone los medios a su alcance para intentar sanarla. En la elaboración del diagnóstico y la cura intervienen las consideraciones bioquímicas, las observaciones conductuales y las relaciones interpersonales de los pacientes, ya sean éstos en acto o en potencia. Dentro del rubro último, esto es, el de las relaciones interpersonales, hay dos instancias básicas: la familia y el medio social, o si se quiere, la sociedad completa. El historiador que aborde esos temas tiene que hacerse cargo de todos los ingredientes, a menos que quiera sólo limitarse a alguno, siempre a sabiendas de que si lo hace, su estudio será necesariamente parcial.

Andrés Ríos Molina prefirió correr el riesgo mayor. Su libro *La locura durante la Revolución mexicana. Los primeros años del Manicomio General La Castañeda, 1910-1920* integra todo ese contenido, y acaso algo más. Una introducción, cinco capítu-

los y un anexo estadístico dispuestos en un cuarto de millar de páginas lo forman. El lector tiene ante sí su repertorio temático múltiple que le permite asomarse a distintas realidades, desde la historia de la ciencia psicológica-psiquiátrica, hasta estudios o referencias de casos particulares, todo lo cual converge en y parte de un espacio que fue durante casi seis décadas un emblema urbano de la Ciudad de México: el manicomio de La Castañeda, del cual nos despedimos los que circulábamos por el entonces reciente y novedoso Anillo Periférico de factura lopezmateísta y uruchurtiana, una ciudad que promovía la transición entre lo que fue y lo que es. La Castañeda era lo de antes, el Periférico, lo de ahora. Sólo convivieron un poco tiempo. La presencia de la vía rápida sentenció su desaparición para asentar en los terrenos que ocupó el conjunto habitacional Torres de Mixcoac. Pasar frente al portón era acicate para gas-

tarle una broma al acompañante o caer víctima de ella. La Castañeda fue —y para los memoriosos sigue siendo— un referente léxico que, a la larga, dejará de serlo, al igual que expresiones como “caer el veinte”, cuando ya hace mucho que no existen teléfonos que funcionen con aquellas monedas de veinte centavos que ostentaban en el reverso una pirámide del sol y cuyo tamaño era respetable. Pero volvamos al tema.

El autor se desenvuelve con mucha solvencia en toda la compleja temática que trata. Lo mismo en su historia de la psiquiatría mexicana, con los obligados referentes a la psiquiatría occidental, preferentemente francesa y británica, hasta la interesante taxonomía de la locura que determina la asignación de espacios en el manicomio. Taxonomía correspondiente a etiologías que muchas veces no llegaban a serlo verdaderamente. La primera impresión que deja la lectura del libro de Ríos Molina es que, mucho más que otras ciencias, la psiquiátrica ha sido un amplio dominio del ensayo-error. Entre otras cosas, en eso radica el acierto de un libro como éste: es una historia de la ciencia en cuestión, pero sin limitarse a su propio desarrollo, sino tomando de su historia los elementos necesarios para ir al espacio del confinamiento y / o la curación y esto sólo a partir de los referentes concretos que hábilmente combinan, siempre atendiendo al llamado de las fuentes, los conjuntos cuantitativos con los casos individuales, las historias de personas que ahí estuvieron y que afortunadamente dejaron huella suficiente como para permitir que la mirada curiosa del historiador las rescite de un olvido inmerecido. Pienso, sobre todo, en Amalia y Consuelo, sin duda los dos personajes centrales, al menos del capítulo tercero.





Salida de concurrentes a la inauguración del Manicomio General



Inauguración del Manicomio General La Castañeda en Mixcoac

Con talento narrativo, pero absteniéndose de transitar por el sendero literario, Andrés Ríos Molina presenta, aunque puede decirlo con legitimidad, crea, dos personajes magníficos. No vienen de la imaginación, sino que fueron dos personas reales, cuya invención se debe a sí mismas, por lo que dejaron escrito de cada una y por lo que refirieron de ellas los médicos tratantes y algunos de sus parientes, particularmente la hermana de Consuelo, Guadalupe, más que víctima, victimaria. Gracias a ellas y a un conjunto de pacientes cuyas brevísimas historias recupera el último capítulo, Ríos Molina establece la relación entre ellos y La Castañeda, ellos como sujetos del manicomio, elemento que los aísla de la sociedad para que no la contaminen y al que en momentos prefieren por encima del exterior que de diversas maneras los mandó internar. El tema de la familia es encarado directamente por el autor, por la evidencia de que fueron las familias las que enviaron un elevado número de locos o no tanto al refugio de Mixcoac, para ver si regresaban curados o mejor permanecían ahí, aliviando la cotidianidad de los parientes. El caso extremo es, de nuevo, el de la relación Consuelo-Guadalupe, donde el lector toma partido por la loca, frente a la villanía de la hermana que provocaba con su presencia y su relación muchas de las perturbaciones de Consuelo.

Lo otro es el conjunto de causalidades que la psiquiatría del momento establecía para juzgar, no sólo a los internos, sino cómo las familias o la policía tomaban decisiones para llevar a los locos a La Castañeda. Obviamente se trata de personas que transgredían las normas elementales de convivencia, ya sea por patologías acusadas o por cuestiones como la alta incidencia de alcohólicos que fueron resguardados en el manicomio.

Ríos Molina muestra cómo también se egresaba de La Castañeda. Una de las incidencias mayores de salida fue la muerte; otras la dada de alta por supuesta curación, pero también pone énfasis, hasta donde la información lo permite, en el constante reingreso. En esto, los casos de Amalia y, sobre todo, de Consuelo, son muy ilustrativos.

Por otra parte, los contextos particulares se hacen presentes en el interior de La Castañeda, desde el porfiriato fundacional, aunque ya en agonía, el momento drástico del “año del hambre” por antonomasia, o las incidencias de la lucha constitucionalista y villista en algunos internos que sí sufrieron el trauma de guerra.

Por otra parte, La Castañeda se ofrece como una suerte de mundo aparte al cual no afectan del todo los cambios político-militares de la década. Finalmente es la misma sociedad la que contextualiza al manicomio. Si esa sociedad sufre cambios, éstos

se van dando sobre la marcha y si tal sociedad llegó a cambiar, los cambios se manifestarían en las décadas posteriores. En la primera de la vida del emblema de Mixcoac, apenas van sucediendo algunos, pese a que en momentos carrancistas y zapatistas amagaron y realizaron acciones que llegaban a afectar el interior, así como el hecho de que la precariedad de los gobiernos revolucionarios carecían de los medios para la adecuada manutención de La Castañeda.

En fin, interior e incidencia del exterior del manicomio están presentes en el libro de Ríos Molina. Por ello es un estudio muy completo que, paradójicamente, a pesar de ser un trabajo especializado, no lo es en el peor sentido de la palabra, esto es, lo sería si se limitara a un solo aspecto de La Castañeda, sus habitantes, sus patologías, su entorno social y sus destinos. Y cuenta, además, con otras virtudes: su escritura posibilita un seguimiento cabal del texto. No hay tropiezos, y sí en cambio las transiciones adecuadas que permiten de capítulo a capítulo apreciar la claridad temática a que se enfrenta el lector. Un libro que recupera el gusto por la lectura de la historia y no se limita sólo a ser consultado. ■

Andrés Ríos Molina, *La locura durante la Revolución mexicana. Los primeros años del Manicomio General La Castañeda, 1910-1920*, El Colegio de México, México, 2009, 254 pp.